

“¿TÚ TAMBIÉN, BRUTO?”
Críticas liberales a un modelo liberal: el plan de Martínez de Hoz
según Alsogaray, Benegas Lynch y García Belsunce en *La Prensa* (1976-1981)

Martín A. Vicente
Universidad Nacional de General Sarmiento /
Universidad del Salvador (Argentina)

Existe un acuerdo académico en encuadrar el plan económico del ministro José Alfredo Martínez de Hoz durante la última dictadura como parte del marco liberal, variando el tipo de denominación según el autor: “nueva ortodoxia” (1), “liberalismo económico” (2), “liberalismo corporativo” (3), “neoliberalismo” (4), “economía neoclásica” (5), entre otras, al tiempo que se han destacado las evidentes diferencias entre el discurso del Ministro y las políticas efectivamente aplicadas, que acabarían dando un programa marcado por su hibridez (6), donde la economía apareció como arma de transformación de las relaciones sociopolíticas. Sin embargo, durante los años de aplicación de tal proyecto, representantes economistas liberales que fungieron como apoyos civiles del PRN y elogiaron los objetivos del programa de Martínez de Hoz, censuraron prontamente los resultados del plan e iniciaron una revisión sobre su condición de liberal, la cual negaron, colocándolo dentro del derrotero de políticas “dirigistas” que para estos actores habían marcado al país desde el advenimiento del peronismo en 1946. El diario *La Prensa*, que apoyó el PRN pero tuvo diversas desavenencias con él, fue la gran plataforma de estos debates, que en este artículo analizaremos desde las intervenciones de tres referentes del pensamiento liberal: Álvaro Alsogaray, Alberto Benegas Lynch y Horacio García Belsunce.

“Vigilar al Proceso como una forma efectiva de seguir apoyándolo”

En 1982, Horacio García Belsunce editaba *Política y economía en años críticos*. El ciclo de Martínez de Hoz había terminado el 24 de marzo del año anterior, junto con el doble ciclo gubernamental de Jorge Rafael Videla como Presidente. El libro, que el autor proponía como “la inevitable y comprometida crítica” que “quienes hemos apoyado el pronunciamiento y cambio de gobierno que tuvo lugar el 24 de marzo de 1976” debían realizar ya que “tenemos la obligación de vigilar el Proceso como una forma efectiva de seguir apoyándolo”, condensaba notoriamente el derrotero de esperanza y decepción que estos economistas trazaron en su relación con la dictadura, en especial con el momento “refundacional” comprendido por las presidencias de facto de Videla y de Roberto Viola. La obra fue escrita en 1981, año que marcó el último límite de confianza de estos liberales en las capacidades del ciclo procesista para poder aplicar una solución “verdaderamente liberal”, mientras el gobierno de Viola tambaleaba, marcado por lo que García Belsunce comprendía como un “extravío” de las metas originales del PRN (7).

Luego del reemplazo de Viola por el general Leopoldo Galtieri, estos intelectuales perdieron toda esperanza no ya en la capacidad del PRN para aplicar el modelo deseado, sino en

su viabilidad política, llegando a sostener, como lo hizo Alsogaray en 1983, que finalmente el fracaso de las políticas de Martínez de Hoz dejaba al país “en el foco de la tempestad” (*LP*, 10/10/83). El gradualismo con el cual estos economistas fueron aumentando sus críticas a la política de Martínez de Hoz apareció como la lógica consecuencia de un pasaje del apoyo a un gobierno al que veían como la oportunidad de transformar a la sociedad argentina, hasta la absoluta decepción, donde se intervenía ya no para atacar al plan, sino para rescatar el concepto “liberal” de la mancha simbólica que su asociación con aquel producía. En ese trayecto, sin embargo, la premisa de “vigilar al Proceso” expresada por García Belsunce se cumplió con rigor: estos intelectuales buscaron permanentemente recordarle a las autoridades las potencialidades del esquema liberal al tiempo que alertarlos sobre las desviaciones de la política oficial.

1976: “Tal vez ‘en teoría’ cree que no lo hace”

A pocos días de presentado el plan de Martínez de Hoz, *La Prensa* reseñaba una conferencia que Alberto Benegas Lynch pronunciara en la Escuela de Educación Económica. Allí, el economista señalaba: “La causa más visible de la crisis y de la decadencia en el mundo actual es la acción destructiva del estatismo desorbitado que siempre se manifiesta interviniendo cada vez más en las actividades creativas de los individuos, trabando la expresión de las ideas, falsificando las monedas, fomentando el sindicalismo espurio con sus inherentes intimidaciones y violencias, todo lo cual perturba la productividad, desalentando el ahorro, a las inversiones y al trabajo”. Señalaba dichas acciones como “perversión de las funciones del Estado”, y llevaba su lectura al plano de las ideologías: “La (*causa*) más profunda tiene sus raíces ideológicas; es la generalizada infección mental que ha hecho camino por acción del virus del colectivismo, cuya penetración en las mentes se ampara en la declinación del espíritu de libertad y en la reiterada capitulación ante las falacias socialistas”. Su recomendación era terminante: “Todo lo que puede hacer un gobierno para mejorar las condiciones de vida del pueblo, es reducir sus dimensiones”. Las palabras del fundador de la revista *Ideas sobre la libertad* daban centralidad al gran eje sobre el cual girarán los debates al interior del liberalismo económico: el rol del Estado (*LP*, 14/4/76). A los pocos días, Benegas Lynch lamentaba que “(la) luz aún no llega a las mentes todavía reacias, ganadas por los engañosos sofismas del colectivismo –siempre tendenciosamente totalitario–, cuya vigencia en algunos casos continúa trabando y entorpeciendo el proceso civilizador” (6/5/76). Ese colectivismo era, para los autores aquí analizados, fruto del modelo instaurado en la Argentina por el primer peronismo y que no había sido aún desarticulado por el PRN.

A fines de agosto, en el primer artículo que publicaba en el diario de la familia Gainza Paz, Alsogaray indicaba que “a cinco meses de la intervención militar, es ya evidente que el gobierno está siguiendo ‘en la práctica’ aunque tal vez ‘en teoría’ cree que no lo hace” un modelo estatista y dirigista que su esencia no se diferenciaba del inaugurado por el peronismo, y que su limitación a “actuar de una manera ‘pragmática y gradual’ sobre los detalles” no era para nada un plan liberal. Alsogaray destacaba dos factores de la política oficial, focos críticos dentro del ideario económico

liberal: “la extraordinaria creación de moneda, causa directa y única de la inflación, que puede arrastrarnos de nuevo a una crisis peor que la pasada, y la ‘congelación’ del mercado de trabajo que, aparte de mantener en él una rigidez inaceptable, lleva en sí el germen de una explosión social”, y el proceso inflacionario, del cual decía: “No hay en estos momentos aspecto alguno del proceso económico y social que no esté directa o indirectamente relacionado con él”. Al mismo tiempo, el ingeniero aclaraba que “ni los ‘liberales’ ni la verdadera economía de mercado están comprometidos” por el plan gubernamental: “Quienes defendemos el pensamiento liberal y la verdadera economía de mercado como la mejor solución para los problema del país, nos vemos obligados a señalar desde ya que, si por desgracia llegamos a una nueva ‘impasse’, la culpa no sería de los ‘liberales’ ni de la ‘economía libre’, sino del hecho intergiversable de que ni aquellos habrían actuado ni esta se habría aplicado. Lo destaco porque se intenta convencer a la opinión pública de que es la libertad económica la que está operando, cuando vivimos todavía dentro del más crudo dirigismo” (LP, 22/8/76).

Benegas Lynch dedicaba dos artículos a desmontar lo que interpretaba como dos falacias muy influyentes en la opinión pública y gubernamental. En primer lugar, advertía contra las políticas distributivas: “En los confusos tiempos que vivimos, ciertas falacias hacen camino. Entre ellas, se encuentra la aceptación del engañoso concepto de que la riqueza de los ricos es causa de la pobreza de los pobres. Y este error conduce naturalmente a la búsqueda de soluciones basadas en el empleo de la fuerza para repartir riqueza ajena”. Tal postura, decía el economista, era contraria a “el auténtico progreso social, que es la antítesis del populismo en boga” (LP, 19/8/76). Para el autor, las políticas distributivas eran un mecanismo populista obstaculizador del progreso, cuyo otro actor clave era el sindicalismo, del que realizaba una oscura lectura, describiéndolo como violento, totalitario y causante de distorsiones económicas. “Cumplido el paso previo que elimine todo vestigio de totalitarismo de los gremios, se verá aparecer un saludable equilibrio en el ámbito laboral: unos salarios subirán y otros bajarán. Pero, en todo caso, manteniéndose libres todos los precios y salarios, sus niveles relativos, en las distintas ramas, estarán exentos de las distorsiones a que se refiere Hayek. De ese modo, se igualarán la demanda y la oferta de trabajo en cada sector de la economía; es decir, siempre encontrarán trabajo los que quieran trabajar y conseguirán la fuerza de trabajo que necesitan los empresarios que la demandan. No habrá desocupación”. Ese plano idílico, sin embargo, era para el economista inalcanzable mientras el gobierno no decidiera acabar con las políticas intervencionistas inflacionarias y el sindicalismo así entendido (LP, 21/10/76).

Al mes siguiente, Alsogaray pronosticaba una crisis para fines del primer año del ciclo procesista, originada en “toda clase de interferencias (*a la economía*) dentro y fuera del gobierno”. Allí se detenía sobre el rol del Ministerio de Planeamiento, al que consideraba “instrumento del dirigismo”, y advertía que “los argentinos comenzaremos a recorrer nuevamente el camino hacia el socialismo que creíamos abandonado”. “Porque ‘planificación económica’, cualquiera sea el adjetivo con que se califique –democrática, indicativa, parcial, voluntaria, etcétera– significa

siempre avanzar hacia el totalitarismo colectivista. Creer lo contrario es lo mismo que pensar en un 'círculo cuadrado'" (LP, 14/11/76). Estas palabras de Alsogaray funcionan como ejemplo *princeps* del ciclo de lecturas que el primer año del PRN produjo: entre la constante apelación doctrinaria y las recomendaciones, ya se atisbaban las polémicas del año venidero, cuando la idea de planificación estatal comenzaría a ganar el centro del discurso.

1977: "El único Proyecto Nacional por el que vale la pena luchar"

Durante el año 1977, el general Ramón Genaro Díaz Bessone había presentado las pautas de un ambicioso plan al que denominó *Proyecto Nacional*. Concebido desde el Ministerio de Planeamiento, el trabajo estaba anclado en un diseño que remitía al plan desarrollista que aplicaba el gobierno de facto de Brasil, el cual, como destacan Novaro y Palermo "despertaba a la vez admiración y temor" (8). Bajo el sugestivo título "¿Quién es el enemigo?", Alsogaray señalaba que "será necesario atacar 'las causas profundas' del mal. Debemos combatir 'al enemigo' no sólo en el campo de batalla sino también –muy especialmente– en sus reductos ideológicos y en su insidiosa acción de todos los días". El enemigo que el ingeniero fundador de la Ucedé identificaba no era sólo "la subversión", sino un modelo económico: "el 'enemigo' es el sistema estatista, intervencionista, desarrollista e inflacionario implantado por Perón en 1946, que fue mantenido sólo con diferencias de grado y forma por sus sucesores y que todavía hoy muchos se resisten a cambiar" (LP, 16/1/77). Esta idea, sin embargo, no debe dejar esta lectura en el plano economicista, sino que el sistema económico aparecía como manifestación de un fenómeno más profundo, de orden político. En tal sentido, en estos intelectuales aparecía una lectura de los modelos políticos como dos grandes bloques contrapuestos: el liberal-republicano y el totalitario. Como lo ponía de relieve Benegas Lynch: "La disyuntiva de nuestro tiempo parece estar planteada entre el capitalismo, liberalismo, sistema social de la libertad o como se le quiera llamar al sistema, siempre que sea fiel a los genuinos principios de la libertad, por un lado; y por otro, enfrentándose a dichos principios, en el polo opuesto, todos los sistemas totalitarios: comunismo, fascismo, nazismo, peronismo, etcétera". Esta concepción binaria no remitía para el autor, sin embargo, a un encuadramiento ideal sino que lo presentaba como una dinámica política: "Porque los sistemas intermedios son ilusorios. Siempre se desplazan hacia uno de los términos de la disyuntiva planteada. Los casos más patentes de supuestas terceras posiciones de los últimos tiempos se dieron: aquí con el peronismo, que siendo en la realidad totalitario y comunizante, pretendió representar una tercera posición, para arrastrarnos finalmente al borde del comunismo total; y en Chile, con la democracia cristiana de Frei, que le allanó el camino al colectivismo de Allende" (LP, 17/4/77).

Para Benegas Lynch, en la planificación económica se encontraban las pautas de la función intervencionista y distorsiva del Estado en tanto "lamentablemente, ciertos estados modernos tienden a incrementar el gasto público, como consecuencia de la práctica de multiplicar sus funciones, invadiendo el ramo de la actividad privada. Afirman así su condición de Estados

empresarios y 'benefactores', acentuando el paternalismo". Por lo tanto "la política estatal dadivosa nunca pasa de ser una actitud mediante la cual el Estado da con una mano lo que previamente ha quitado con la otra; la parte restante sirve para pagar el costo de la administración de la dádiva". Tal rol era propio de lo que estos intelectuales comprendían como la "hipertrofia" del Estado, instaurada por el primer peronismo y nunca removida (*LP*, 18/1/77). Esa marca histórica, según Alsogaray, devenía en "el estatismo, el intervencionismo, el peso que soportamos todos los habitantes del país", y encerraba la clave del fracaso nacional, superpuesta a "el error histórico de creer que los subversivos y los corruptos son los únicos culpables" sobre la causa que el ingeniero entendía como central: "La existencia de ese inmenso aparato burocrático creado y manejado por el Estado. Es indispensable terminar con él". Así, ironizaba sobre el plan de Díaz Bessone al señalar que era el fin de ese tipo de Estado "el único Proyecto Nacional por el que vale la pena luchar". "Si no rompemos con la servidumbre que nos impone el 'sistema', es posible que las Fuerzas Armadas ganen en el campo táctico la batalla contra la subversión y la guerrilla pero será un triunfo efímero porque el país perderá la guerra y aún la paz" (*LP*, 23/1/77). Alsogaray no hacía sino explicitar cuán coincidente era su mirada con el sesgo sociopolítico del plan de Martínez de Hoz (9) y cuán lejos, sin embargo, estaba este de haberse realizado. Unos meses luego, Benegas Lynch realizaba una intervención buscando rescatar el concepto de "liberalismo", asimilándolo a dos bases que el propio PRN entendía como sus sustentos, la doctrina católica y el ideario constitucional de 1853, pero disputando desde allí la concepción de un posible "Proyecto Nacional". "Padecemos también la desvalorización de ciertos vocablos. Por ejemplo, no todos le asignan al liberalismo el significado que le corresponde. Por eso, algunos, injustificadamente, lo fustigan, pretendiendo hacerlo responsable de las funestas consecuencias de políticas a todas luces antiliberales". Si el año anterior Alsogaray ya iniciaba esta operación de separación significativa, ahora Benegas Lynch era tajante. Al mismo tiempo, retomaba la cuestión de las bases católicas y constitucionales: "Sin lugar a dudas, muchos de los detractores del liberalismo, tienen un concepto erróneo sobre su verdadero significado. Y hasta hay entre ellos quienes le atribuyen connotaciones que afectarían principios de la doctrina cristiana. Lo cual es manifiestamente absurdo. Por cuanto, como es sabido, no existe ningún otro sistema político-económico no confesional que se halle más en armonía con la doctrina de Cristo". Tras ensamblar cristianismo y liberalismo, trasladaba esta convergencia al ideario constitucional: "¿No son, acaso, los mismos ideales e ideas consagrados en el preámbulo y en la declaración de derechos y garantías de nuestra Constitución Fundadora, idénticos a los del liberalismo? Así es, efectivamente. Por eso, para ser fiel a la republicana tradición argentina, y a sus principios inmanentes, con razón se dice que no puede haber mejor Proyecto Nacional que instaurar la plenitud de los mismos principios rectores consagrados en la Constitución de 1853" (*LP*, 27/7/77).

El diagnóstico de Alsogaray también proponía, en esta línea, que "finalmente, mientras combatimos 'al enemigo', debemos ofrecer las soluciones propias. Estas deben inspirarse en los principios liberales inmanentes y permanentes de la Constitución Nacional de 1853, aplicados

conforme a los criterios sociales modernos y a los progresos de la ciencia económica. Dentro de la libertad no hay otra alternativa. Sobre todo no caben ni las 'soluciones a medias' ni las 'terceras posiciones'" (LP, 31/7/77). El uso de la idea de tercera posición propia del peronismo actuaba como eje de los diagnósticos de estos autores, en tanto lo que se pretendía era colocar al peronismo como un sistema totalitario, desenmascarando su asunción tercerista, mediante el uso de conceptos intercambiables: totalitarismo, socialismo, comunismo, etcétera, eran utilizados para denominar, finalmente, experiencias "antiliberales". Esta concepción bifronte se mostrará en toda su crudeza cuando, una vez estos economistas hayan diagnosticado el fracaso total de la política de Martínez de Hoz, acaben asimilando "no liberal" a "antiliberal", como lo manifestaba Benegas Lynch llevando la crítica al plano de las ideologías y formando una familia categorial en torno al rol del Estado: "La idolatría del Estado y el desprecio por la libertad son los signos dominantes de los principales 'ismos' liberticidas modernos: tanto el comunismo, como el fascismo, el nazismo y el peronismo, todos ellos se nutren en el liberticidio y la modalidad criolla no es más que una mezcla de las anteriores". De ahí que advirtiera que "con la hipertrofia del gobierno vino la decadencia", y destacar: "El 24 de marzo de 1976 llegó a tiempo para revertir el proceso. Es de esperar que, a fin de lograr los objetivos que se ha fijado el Proceso de Reorganización Nacional, se tenga en cuenta el modelo argentino que, en tiempos pretéritos, tantas satisfacciones brindó a la República, en contraste con los fracasos y frustraciones causados por su abandono" (LP, 30/8/77).

Las drásticas conclusiones previas aparecían supeditadas a un diagnóstico oscuro sobre el presente económico: "Es evidente que la economía ha entrado en un laberinto, cuya salida no conocemos", señalaba Alsogaray apenas pasada la primera mitad del año 77. Para ese momento, Martínez de Hoz acababa de poner en marcha la reforma financiera, que produjo una tensión entre los planes a largo plazo, refundacionales, y la acción inmediata centrada en la lucha antiinflacionaria. El problema seguía centrado en la inflación "ya previa al 24 de marzo", reconocía Alsogaray, donde "estábamos al borde la hiperinflación y ya no existía un verdadero orden económico. Unas semanas más y nos hubiéramos visto envueltos en un caos". Sin embargo, tras destacar la intervención golpista, el exministro de Economía de Arturo Frondizi sentenciaba: "La alternativa es inexorable: o se acepta un Estado socialista, que condena a todos al estancamiento y a la servidumbre, o se recurre de una buena vez a la economía de mercado moderna que, después de un breve período de sacrificios, aseguraría el bienestar y la libertad para todos". Ese era "el quid de la cuestión": nuevamente, Alsogaray buscaba recordar la inexistencia de soluciones intermedias e instaba al gobierno a optar por la solución liberal (LP, 31/7/77). Sin embargo, unos meses luego constataría que su mensaje no había sido oído y marcaba la distancia entre la concepción económica del PRN y sus políticas efectivas: "Los enunciados del 2 de abril de 1976 responden a una 'filosofía económica' que el presidente de la Nación acaba de definir como una 'economía de mercado'. Conuerdo con ellas, pero disiento en absoluto con la estrategia empleada, que en buena medida es 'dirigista' y 'desarrollista'" (LP, 4/12/77). A pocos días de esta nota, el economista daba por tierra cualquier esperanza y publicaba una columna cuyo título

denotaba esa sensación de derrota: “Recapitulación final”. Allí comenzaba a separar a la gestión de Martínez de Hoz del deseable liberalismo: “La juventud no puede dejar de ver que todas las demás doctrinas han fracasado y que nadie ha podido hasta ahora refutar la idea liberal. Aunque no creo que recurriremos a ella hasta que no hayamos agotado todos los experimentos intermedios y no tengamos otra alternativa que optar entre ‘liberales’ y ‘marxistas’” (LP, 31/12/77). Si en 1977 la puja por el modelo económico acabó enfrentando a militares y civiles (10), estas construcciones binarias que hemos relevado serán el eje temático que atravesará el año 1978, en tanto durante 1977 terminan de caer las esperanzas en que el PRN revierta sus políticas y los economistas aquí analizados centrarán sus intervenciones marcando la pertenencia del esquema de Martínez de Hoz al vilipendiado “estatismo”. Frente a él, alzarán con insistencia la bandera liberal.

1978: “Quedan dos posiciones contrapuestas”

“El monopolio estatal de la moneda ha relevado a los gobiernos de limitar sus gastos a sus reservas genuinas, lo cual ha desencadenado los espectaculares incrementos del gasto público en los últimos 30 años”, señalaba Benegas Lynch, a comienzos del año. Pero no era este un problema de políticas específicas sino que para el autor la cuestión era más profunda: “Lo cierto es que un sistema monetario dependiente en forma absoluta y exclusiva del poder político siempre puede resultar peligroso” (LP, 4/1/78). “La desproporción salta a la vista y dadas las circunstancias actuales este problema merece ser estudiado en relación con la urgencia de reducir y el peso del paternalismo del Estado”, entendida como generadora de inflación (LP, 3/3/78). También sobre la inflación y su vínculo con el rol del Estado volvía Alsogaray, advirtiendo sobre los “peligros de la demagogia desarrollista”. Allí diferenciaba entre esta y “lo deseable del desarrollo”, marcando que “esta coincidencia no se extiende en manera alguna a los fines políticos del desarrollismo. En realidad no sabemos cuáles son esos ‘fines’. Y nos formulamos entonces estas preguntas: las propuestas del desarrollismo que conducen inexorablemente a la inflación, ¿son sólo producto de la demagogia y la ignorancia? ¿O tienen el propósito recomendado por Lenin, de corromper la moneda como método infalible de destruir el orden calatente (*sic*) y tomar el poder? Cualquiera sea la respuesta, el efecto es el mismo: el ‘desarrollismo’ conduce a la inflación y a través de esta a la destrucción de la sociedad libre. Que llegue a hacerlo o no depende de la firmeza ideológica que se le oponga” (LP, 26/3/78) Más allá de esas bases, Alsogaray atacaba las “inconsistencias” de la “política económica pragmática y gradual frente a la inflación”, por lo que volvía a proponer “revisar la estrategia”. Tal estrategia, al mismo tiempo, no se ligaba para Alsogaray sólo a la cuestión de los fines, sino a los medios y quiénes aplicaban las políticas (LP, 2/4/78), ya que señalaba también la falta de funcionarios formados capaces de operativizar las políticas. Advertía que no proponía el gobierno tecnocrático, “nada más lejos de mi pensamiento”, pero que debía haber un conocimiento específico que tome en cuenta el “correlato” entre orden político y orden económico, como lo alertaran von Mises y von Hayek (LP, 9/4/78) En esos días, Martínez de Hoz acababa con la

política de contracción. Las palabras de Alsogaray, por ello, la entendían como muestra del pragmatismo y la inconsistencia del obrar del equipo económico.

A mediados de año, tras un sonado discurso del brigadier Orlando Agosti sobre el rol del comunismo en Occidente, Alsogaray y Benegas Lynch publicaron artículos donde alertaban sobre la inconsciente asociación de las políticas oficiales a un universo estatista donde este era el cenit. Benegas Lynch advertía sobre el modo en que el comunismo penetraba en sistemas que se consideraban antitéticos: “Por obra del creciente colectivismo, los derechos del individuo, con el andar del tiempo, se desvirtuaron, la democracia genuina, que luego degeneró, hasta entonces los había respetado y protegido”, llegando por medio del peronismo a una situación colectivista que no había sido superada (*LP*, 3/6/78). Al día siguiente, Alsogaray era aún más explícito: “El comunismo tiene una ideología que proclama sin vacilaciones ni claudicaciones. La ‘democracia liberal’ degradada a la condición de ‘democracia de masas’ carece de ella (...) Los países que practican la ‘democracia de masas’, están recorriendo suicidamente el camino del marxismo” (*LP*, 4/6/78). Ese modelo estatista tenía, entonces, su representación en la democracia de masas argentina, deformación del ideario Constitucional. De ahí que unos días luego Alsogaray volviera a embatir contra Agosti, refiriendo a la idea del uniformado de que “no tenemos un modelo”, y le respondía: “no falta el modelo; lo que ocurre es que no se lo reconoce como tal y, por lo tanto, se lo proclama y se lo niega al mismo tiempo. En cuanto a lo esencial, no busquemos ni imaginemos más ‘modelos’ ni ‘proyectos nacionales’ a cargo de ‘expertos’ y tecnócratas; usemos el que tenemos a mano, representado por la más luminosa de las concepciones político-económicas conocidas hasta ahora: la democracia liberal”. Y si ese era el camino a volver a andar, era porque la puja entre dos modelos ya estaba clara y la elección también: “En lugar de perdernos en difusos ‘planes y proyectos nacionales’ (...) debemos concentrar la atención y la inteligencia en el problema crucial de la compatibilización de las exigencias políticas con el buen gobierno de la economía en libertad” (*LP*, 11/6/78). Así, también García Belsunce postulaba “las responsabilidades del Estado en el proceso inflacionario”, y elegía elogiar la intervención golpista pero alertar sobre el peligro de apelar a planes por fuera de la Constitución y sus lineamientos originales (*LP*, 6/10/77).

“Descartando la corriente colectivista y la capitalista liberal del siglo XIX, quedan dos posiciones contrapuestas: la economía de mercado moderna y las corrientes híbridas de tercera posición (...) En nuestro país la opción se presenta con gran claridad y debemos prestar atención a esas nuevas ideas”, señalaba Alsogaray. Y no dudaba en retomar la caracterización del proceso actual: “A esta altura podemos ya afirmar que estamos en presencia de otra tentativa de tercera posición, bastante similar a la del período Onganía-Krieger Vasena”. Por lo cual volvía a proponer al PRN que entendiera lo dramático de la situación: “El gobierno puede continuar con su actual política intervencionista-inflacionaria de tercera posición o puede inclinarse, dando un segundo paso, hacia una democracia fuerte sustentada en una verdadera economía de mercado moderna” (*LP*, 13/7/78). Para el autor se había perdido una gran oportunidad, ya que “el 24 de marzo las condiciones políticas y psicológicas para la aplicación de la estrategia estaban dadas. Si así (*con*

su propuesta) se hubiera procedido, gran parte de esos problemas argentinos ya estarían resueltos” (*LP*, 30/7/78). Si bien en 1978 las intervenciones relevantes de estos intelectuales en *La Prensa* finalizan apenas pasada la mitad del año, en ellas se traza nuevamente una estrategia de círculos concéntricos donde el discurso doctrinario se interrelaciona con el análisis coyuntural y este a su vez forma ejes temáticos que serán centrales luego, con el paso de la cuestión política al primer plano.

1979: “Los triunfos militares serán victorias a lo Pirro”

Benegas Lynch planteaba que la eterna lucha moral entre el bien y el mal “se manifiesta en la secular lucha entre la libertad y la esclavitud”, en tanto “los triunfos militares serán victorias a lo Pirro si las mentes humanas, víctimas de la omnipotencia del Estado, propias de las falsas democracias, no son reconquistadas para la causa de la libertad” (*LP*, 2/3/79). Este análisis era altamente representativo de las ideas que estos economistas poseían en su análisis del derrotero del PRN: una concepción sobre el golpe como necesario, y al mismo tiempo un profundo desacuerdo con sus políticas económicas y el miedo latente a que la dictadura no completara su ciclo refundacional. García Belsunce proponía “atacar a la inflación en sus causas, no en sus efectos”, un apotegma que estos autores utilizaron permanentemente. Allí postulaba una receta ortodoxa: contener la demanda y el gasto público, el endeudamiento y atacar el problema sindical. Señalaba que debían ser medidas principalmente políticas y no meramente económicas (*LP*, 23/3/79). Justamente, el tópico sindical comenzaría a ganar centralidad en tanto desde la segunda mitad del año anterior la puja laboral evidenciaba un crecimiento en torno a la disputa por el alza de precios, por lo que Alsogaray volvía a postular la emisión monetaria como primera causa de la inflación. Pese a lo que decía Martínez de Hoz, señalaba el ingeniero, no había real oposición al gobierno. “¿Quién se opone? ¿O es que esas resistencias se suscitan en el seno del gobierno?”, se preguntaba sardónico, y utilizaba un irónico formato de propuesta, en tanto lo que hacía falta era “simplemente equilibrar la economía, suprimir la inflación; estabilizar la moneda terminando con las indexaciones y otros artificios, y dejar trabajar libremente abriendo todos los campos a la actividad creadora y reduciendo la maraña burocrática. Esto implica cambiar de raíz el sistema económico-social imperante durante los últimos treinta años y la mentalidad por él engendrada” (*LP*, 22/4/79). Por ello mismo, entendiendo que se estaba ante una “oportunidad que no debemos perder”, y que ella reclamaba soluciones drásticas puesto que “el plan de coyuntura no resultará” (*LP*, 3/6/78), insistía en su categorización modélica: “Hay sólo dos formas ‘puras’ posibles de organización económica y social: la que se construye sobre la base de una planificación central (propia de los regímenes socialistas), y la que provee la economía de mercado (característica de los regímenes liberales)”. “El actual ‘tiempo político’ se va acotando”, sentenciaba, y “es indispensable variar el rumbo” (*LP*, 15/6/78).

Si al mes siguiente Alsogaray elegía poner “punto final en el debate sobre la inflación” (*LP*, 1/7/78), Benegas Lynch advertía que el esquema era “ni desocupación ni convivencia con la

inflación" (*LP*, 22/7/78). Estos reclamos de soluciones sistémicas se basaban nuevamente en la lectura de que el PRN estaba errando su camino, como lo destacaba García Belsunce, exigiendo al gobierno no ser gradualista en lo económico pero sí en lo político (*LP*, 8/8/78). A las pocas semanas, Benegas Lynch insistía sobre esa lectura matricial: "No obstante la evidencia de lo mucho bueno realizado desde el 24 de marzo de 1976", se había llegado a un punto no sólo de extravío del plan original sino al momento en que "contrariamente a lo que muchos piensan" no imperaba un sistema liberal, sino que "el antiliberalismo todavía sigue firme" (*LP*, 4/9/78). La sentencia del fundador del Centro de Estudios de la Libertad dejaba en claro el tono de las intervenciones que marcarían el primer año de la década del 80: ya no había ilusión posible con el PRN en el plano económico, y comenzaba a imponerse una puja por rescatar la noción de liberalismo de un plan ya entendido como su antítesis.

1980: "Los dados están echados"

Benegas Lynch advertía en abril: "En oposición al comunismo totalitario, en los lugares donde la libertad todavía resiste la agresión marxista, sería bueno que se tuviera en cuenta la suprema importancia de no caer en el error de violar con leyes injustas los derechos esenciales del individuo –por mejores que sean las intenciones– como es el caso de la violación a la propiedad causado por reformas sociales legalizadas pero injustas" (*LP*, 18/4/80). El telón de fondo de sus palabras era la situación que por ese entonces envolvía al PRN, marcada por el fracaso de las políticas de Martínez de Hoz quien, según Schvarzer, jugaba allí su plan (11). El diálogo político anunciado por el gobierno y la rearticulación partidaria y corporativa era analizada como el primer paso de un posible "nuevo 1973". El propio Benegas Lynch, con retórica anticomunista pero que apuntaba a la gestión económica, proponía que "si se quiere fortalecer el frente anticomunista (...) es necesario privatizar las empresas estatales y llevar a cabo una reforma monetaria y bancaria que contemple la vuelta al patrón oro clásico para independizar la moneda y el crédito del poder político". El marco derivado de la gestión ministerial daba lugar a especulaciones sobre una posible política redistributiva, con lo que el autor no ahorra una sentencia doctrinaria lapidaria: "Por cuanto todos los procesos que buscan una 'mejor distribución de la riqueza' compulsivamente, sea mediante 'reformas agrarias y urbanas', impuestos discriminatorios y progresivos o cualquier otro método que se adopte al efecto, conspiran contra la formación en el país de nuevos capitales y se opone a la atracción de inversiones extranjeras" (*LP*, 21/4/80). Alsogaray insistía al poco tiempo con sus críticas axiales: "A esta altura de los acontecimientos es claro que el actual sistema económico no es liberal ni de mercado, sino crudamente dirigista e inflacionario, aparte de pragmático y gradualista". Ya no había tolerancia en las palabras del economista, quien tildaba de inconstitucional al modelo procesista: "En síntesis, el sistema económico dirigista e inflacionario que estamos practicando es, como todos los de su género, incompatible con un régimen jurídico liberal como el de nuestra Constitución" (*LP*, 14/6/80). Para peor, la confirmación de Videla acerca de que no se cambiaría el plan al menos hasta el próximo turno presidencial, era entendida como

el colmo de la necesidad: Alsogaray se rendía, y señalaba que “los dados están echados”. Por ello criticaba, además, en la mencionada lucha por el concepto de liberalismo, a los grupos que atacaban “la política económica liberal que se está aplicando”. Aberración que verdaderamente clama al cielo. Tal vez el reproche mayor que deba hacerse a las actuales autoridades, es el de haber dado ocasión y justificativos a esos personajes para actuar como están actuando” (LP, 13/7/80). Era el PRN el culpable de que el vocablo liberalismo pudiera ser vilipendiado. Se estaba ante “la tormenta en el cenit” (LP, 2/11/80).

Benegas Lynch buscaba, días después, no sólo la reapropiación del concepto de liberalismo sino mostrar su vitalidad: “En nuestro país, el esfuerzo a nivel intelectual y académico para abrirle camino nuevamente a la idea liberal es importante y merece el mayor apoyo. Pero a nivel político aún estamos lejos del reconocimiento de su superioridad por parte de muchos dirigentes”. Con ironía, indicaba: “En este orden, el ejemplo del Proceso de Reorganización Nacional coadyuvaría grandemente a la restauración de la idea liberal contenida en nuestra Constitución fundadora, si se decidiera a abandonar todo el bagaje estatista que todavía arrastra con su política actual y que se halla en abierta pugna con los principios constitucionales” (LP, 20/11/80). Al igual que Alsogaray, Benegas Lynch apelaba al mito fundante del liberalismo nacional, la Constitución de 1853, para despegar al liberalismo del plan procesista. No había ya más conceptos prospectivos que agregar, sino palabras introspectivas sobre el fracaso y una profundización de la operación de retención del concepto de liberalismo, lo que configuraría las intervenciones de los primeros días de 1981, cuando acabara el ciclo de Martínez de Hoz al frente de la cartera económica.

Epílogo- 1981: “¿Cómo explicar este nuevo y doloroso fracaso?”

“La tormenta económica presagiada hace más de dos años, terminó finalmente por precipitarse”, señalaba tajante Alsogaray. “La oportunidad que tuvimos el 24 de marzo de 1976 para efectuar las reformas fundamentales que el país estaba y está esperando se perdió hace tiempo”, ya que “aunque bajo apariencias distintas, el sistema (*estatista*) siguió funcionando y condujo, como era inevitable que ocurriera, a la actual encrucijada”. Y escribía luego un diagnóstico altamente sugerente sobre las relaciones de las elites liberales con el PRN y su fracaso: “Las crisis anteriores al 24 de marzo de 1976 siempre pudieron ser atribuidas al fracaso de nuestros adversario y a la mentalidad antiliberal que los dominaba. Pero, ¿y ahora? ¿A qué y a quiénes atribuir la crisis actual? ¿Cómo explicar este nuevo y doloroso fracaso? Este interrogante nos plantea una grave cuestión. Si supuestamente es el ‘capitalismo’ conducido por sus mejores hombres el que ha imperado, ¿cómo enfrentar de aquí en adelante al socialismo y en general a la ya citada mentalidad antiliberal? *Esta situación es inédita en los últimos 35 años.* Está llena de peligros y acechanzas. Si la libertad económica en manos de conspicuos representantes de la clase rectora y de los círculos sociales más elevados nos ha conducido a una crisis como la presente, ¿no habrá llegado la hora de renegar de ella y de volver a cualquiera de las formas del

totalitarismo?" (*LP*, 1/3/81). Esta pregunta retórica no estaba enfocada sino a la sociedad, la cual ligaba, para Alsogaray, la política del PRN al liberalismo. Por eso señalaba que "lo ilusorio, por no decir utópico, reside en insistir en estos momentos en la economía liberal como la solución verdadera, cuando buena parte de la opinión pública cree, inducida por falsos profetas, que esa es la economía que se ha estado practicando en la Argentina durante los últimos cinco años" (*LP*, 15/3/81). En tal sentido, las palabras de García Belsunce resultaban modélicas: "No querer definirse doctrinariamente y afiliarse al pragmatismo que es el símbolo de la 'antidefinición', puede atribuirse a dos motivaciones: a no tener ideas definidas, supuesto descartable en este caso dadas las relevantes y poco comunes dotes intelectuales del doctor Martínez de Hoz o bien al deseo de no comprometer posiciones para poder encuadrarse, llegado el caso, en ciertas variantes, teorías o posiciones que vean con agrado quienes ejerzan el poder". Por ende: "Una política económica no adscripta a una doctrina clara y definida no es sino una más de las terceras posiciones, híbridas por principio" (*LP*, 18/3/81). Menos de una semana luego, la gestión de Martínez de Hoz terminaba.

Como las últimas las palabras de Alsogaray citadas lo mostraban, el convencimiento de los sectores liberales en que el PRN era un golpe de Estado necesario y refundacional dieron inmediato paso a la crítica del programa económico, el cual se entendía como clave para dar cuenta de un modelo entendido como intervencionista, desarrollista, dirigista y/o estatista, que en su verdadera naturaleza orbitaba en la línea de los fenómenos totalitarios, comunitaristas. Esas críticas, de creciente virulencia, devinieron posturas diametralmente enfrentadas a las políticas oficiales. Tras los infructuosos intentos de llevar a la dictadura al terreno del liberalismo económico tal cual estos intelectuales lo concebían, sólo quedó como estrategia rescatar el concepto de liberalismo de su identificación con el programa ministerial, tarea en la que los economistas aquí estudiados pusieron tanto énfasis como en sus previos planes propositivos. Pero esas intervenciones se valieron de una prosa atribulada que marcaba que el fracaso, sin embargo, era inocultablemente compartido.

Notas

(1) Schvarzer, Jorge, *La política económica de Martínez de Hoz*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

(2) Canitrot, Adolfo, "La disciplina como objetivo de la política económica. Un ensayo sobre el programa del gobierno argentino desde 1976", Buenos Aires, *Desarrollo Económico*, vol. 21, n°82, 1980.

(3) Pucciarelli, Alfredo, "La patria contratista. El nuevo discurso liberal de la dictadura militar encubre una vieja práctica corporativa", en Pucciarelli, Alfredo (coord.), *Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

(4) Galafassi, Guido, "Argentina: Neoliberalismo, utilitarismo y crisis del Estado-Nación capitalista", Buenos Aires, *Herramienta*, n°26, 2004.

(5) O'Donnell, Guillermo, "Las fuerzas armadas y el estado autoritario del Cono Sur de América Latina", en *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Buenos Aires, Paidós, 1997.

(6) Novaro, Marcos y Palermo, Vicente, *La dictadura militar. 1976/1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática*, Buenos Aires, Paidós, 2003.

(7) García Belsunce, Horacio, *Política y economía en años críticos*, Buenos Aires, Troquel, 1982, p. XI-XXVI.

(8) Canitrot, óp. cit.; Schvarzer, óp. cit.; Novaro y Palermo, óp. cit., ofrecen diagnósticos cercanos sobre tal cuestión. Posturas complementarias pueden verse en Morresi, Sergio, "La democracia de los muertos. Algunos apuntes sobre el liberalismo-conservador, el neoliberalismo y la ideología del Proceso de Reorganización Nacional", en XI Jornadas Interescuelas de Historia, UNT, 2007, y Vicente, Martín, *Rastros de azufre. La intelectualidad del liberal-conservadurismo argentino, entre la obturación retrospectiva y las lógicas de la última dictadura militar*, IDAES-UNSAM, Tesis de Maestría, 2008.

(9) Novaro, Marcos y Palermo, Vicente, óp. cit.

(10) Canelo, Paula, "La política contra la economía: los elencos militares frente al plan económico de Martínez de Hoz durante el Proceso de Reorganización Nacional (1976-181)", en Pucciarelli, Alfredo (coord.), óp. cit.

(11) Schvarzer, óp. cit.

Bibliografía

CANELO, Paula, "La política contra la economía: los elencos militares frente al plan económico de Martínez de Hoz durante el Proceso de Reorganización Nacional (1976-1981)", en Pucciarelli, Alfredo (coord.), *Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

CANELO, Paula, *El proceso en su laberinto. La interna militar, de Videla a Bignone*, Buenos Aires, Prometeo, 2008.

CANITROT, Adolfo, "La disciplina como objetivo de la política económica. Un ensayo sobre el programa del gobierno argentino desde 1976", Buenos Aires, *Desarrollo Económico*, vol. 21, n° 82, 1980.

GALAFASSI, Guido, "Argentina: Neoliberalismo, utilitarismo y crisis del Estado-Nación capitalista", Buenos Aires, *Herramienta*, n°26, 2004.

GARCÍA BELSUNCE, Horacio, *Política y economía en años críticos*, Buenos Aires, Troquel, 1982.

Heredia, Mariana, "El proceso como bisagra. Emergencia y consolidación del liberalismo tecnocrático: FIEL, FM y CEMA", en Pucciarelli, Alfredo (coord.), óp. cit.

MORRESI, Sergio, "La democracia de los muertos. Algunos apuntes sobre el liberalismo-conservador, el neoliberalismo y la ideología del Proceso de Reorganización Nacional", en XI Jornadas Interescuelas de Historia, UNT, 2007.

MORRESI, Sergio, "Neoliberales antes del neoliberalismo", en Soprano, Germán y Frederic, Sabina (orgs.), *Construcción de escalas en el estudio de la política*, Prometeo-UNGS, Buenos Aires-Los Polvorines.

NOVARO, Marcos y Palermo, Vicente, *La dictadura militar. 1976/1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática*, Buenos Aires, Paidós, 2003.

O'DONNELL, Guillermo, "Las fuerzas armadas y el estado autoritario del Cono Sur de América Latina", en *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Buenos Aires, Paidós, 1997.

PUCCIARELLI, Alfredo, "La patria contratista. El nuevo discurso liberal de la dictadura militar encubre una vieja práctica corporativa", en Pucciarelli, Alfredo (coord.), óp. cit.

SCHVARZER, Jorge, *La política económica de Martínez de Hoz*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

VICENTE, Martín, *Rastros de azufre. La intelectualidad del liberal-conservadurismo argentino, entre la obturación retrospectiva y las lógicas de la última dictadura militar*, IDAES-UNSAM, Tesis de Maestría, 2008.

VICENTE, Martín, "Una serie de exploraciones a partir de las ideas políticas de los economistas del liberal-conservadurismo: lineamientos ideológicos de la última dictadura, perfiles intelectuales y polémicas al interior del liberalismo", en V Jornadas de Historia Reciente, UNGS, 2010.

Diarios

Ámbito Financiero

La Nación

La Prensa